

EL VALLE DEL NILO: DE LA GEOGRAFÍA AL MITO

JOSÉ IVÁN BOLAÑOS BONZÁLEZ*

Recibido: 30-V-03. Aceptado: 29-X-03. BIBLID [0210-5462 (2003); 33: 75-103].

PALABRAS CLAVE: Nilo, geografía, inundaciones, religión y mitología.

KEY WORDS: Nile, geography, floods, religion and mythology.

MOTS-CLEFS: Nil, géographie, inondations, religion et mythologie.

RESUMEN

El desarrollo económico, cultural y social de la civilización del antiguo Egipto ha estado condicionado activamente por la existencia del Nilo, sus inundaciones y los numerosos recursos que este río ha aportado, a lo largo del tiempo, a los habitantes del valle fluvial y de su desembocadura. Empero, la realidad geográfica del Nilo también ha estado muy presente en el marco religioso de esta civilización, constituyendo una de las principales bases de la estructura mitológica de la cultura del Egipto faraónico.

ABSTRACT

River Nile valley: from geography to myth. The economic, cultural and social development of the ancient Egyptian civilization has been constantly conditioned by river Nile existence, its floods and the numerous resources, that this river has supplied to the population settled in its valley and mouth throughout the times. However, the geographic reality of river Nile has been present in the religious frame of this civilization, making one of the main bases for the mythologic structure in pharaonic Egypt culture.

RÉSUMÉ

La vallée du Nil: de la géographie au mythe. Le développement économique, culturel et social de la civilisation de l’Égypte ancienne a été activement conditionné par l’existence du Nil, ses inondations et les nombreuses ressources que ce fleuve a apporté, tout au long du temps, aux habitants de la vallée fluviale et de son embouchure. Mais, la réalité géographique du Nil a été aussi très présente dans le cadre religieux de cette civilisation, en constituant une des bases principales de la structure mythologique de la culture de l’Égypte pharaonique.

Egipto, cuya denominación significa etimológicamente “país entre dos tierras”¹, ocupa un lugar esencial en el marco histórico de la génesis de las civilizaciones humanas, pues

* Departamento de Geografía. Universidad de La Laguna. jibglalaguna@yahoo.es

1. En tiempos de la civilización egipcia, la división del Estado en Alto y Bajo Egipto constituyó un factor principal para la organización del mismo, situándose el límite entre ambos en el espacio comprendido entre la ciudad de El Fayum (o El Faiyum) y Menfis, primera capital del Egipto histórico situada al Norte del enclave precedente. Así, el Bajo Egipto corresponde al delta del Nilo, mientras que el Alto Egipto comprende el resto del curso del río.

en el Alto y Bajo Egipto, conocidos como *Ta-shema* (*Ta* = tierra, *shema* = estrecho) y *Ta-mehu* respectivamente², se fundó una de las culturas más importantes del pasado de la humanidad: la civilización egipcia. El surgimiento del Estado del Egipto antiguo se produjo hacia el 3050 antes de Cristo aproximadamente, ostentando el valle del Nilo (*Bahr el-Nil* o *el-Bahr*) un puesto de primer orden en la organización del mismo, pues ha influido en el desarrollo histórico, cultural, social y económico del país, constituyendo la base de una de las agriculturas de regadío más importantes del mundo (figura 1)³.

Ya en el antiguo Egipto, como en el actual, se trazó una línea imaginaria que separaba la “Tierra Negra” o *Kemet* (llanura aluvial integrada por la llanura de inundación propiamente dicha y el delta, cuyo color oscuro se debe al fango arcilloso que el Nilo, al recuperar su caudal normal, deposita en el campo) y la “Tierra Roja” o *Deshret* (formada por la superficie ocupada por los desiertos que se sitúan a ambos flancos del valle del Nilo). El aspecto negruzco de los limos, que da nombre a la “Tierra Negra”, se debe a su procedencia del macizo volcánico Etíope (PÉREZ LARGACHA, A., 1999, p. 9).

Las inundaciones periódicas del río constituyeron un factor muy importante porque condicionaban las actividades económicas que dependían, en mayor o menor grado, de la dinámica fluvial y del entorno natural. No es casual que se utilice el tiempo pretérito perfecto simple en las formas verbales precedentes, pues dadas las intervenciones hidráulicas que la actual civilización del Nilo ha desarrollado en el espacio durante el transcurso del tiempo, ha generado que el funcionamiento anual de este río ya no sea igual que hace miles de años. De esta importancia de las avenidas para la vida en el valle, no debe olvidarse que las inundaciones también podían traer para los habitantes numerosos desastres y hambrunas si estos procesos alcanzaban volúmenes y niveles desmedidos, conociéndose las situaciones excesivas como “Nilo alto” y las escasas como “Nilo bajo”, mientras que la situación óptima se denominaba como “gran Nilo” (BRESCIANI, E., 2001, p. 13).

En estas líneas se tratan las estrechas vinculaciones que existen entre la Geografía y la Historia o viceversa –Geografía histórica– a través de un caso concreto, haciendo honor a las palabras del geógrafo francés Elisée Reclus: “La Geografía no es otra cosa sino la Historia en el espacio, así como la Historia es la Geografía en el tiempo”⁴.

2. Otras interpretaciones aluden a que el Alto Egipto se denomina *Scheman*, que significa “Tierra de los Juncos”, y el Bajo Egipto *To-Mehu*, que implica “Tierra de los Pájaros” (HIDALGO HUERTA, M., 2000, pp. 20-21).

3. El contenido cartográfico existente sobre el estudio del antiguo Egipto es amplio y diverso, aunque no se ha encontrado un mapa que contenga la totalidad de la toponimia citada en este artículo. Además, la reducida amplitud del mismo no permite incluir en él un gran número de mapas que reflejen gráficamente determinados fenómenos comentados. Así, se ha optado por presentar uno de los documentos cartográficos más completos localizado en las fuentes consultadas, aunque se desea expresar aquí el importante papel que desempeñan los atlas geográficos e históricos, por lo que se estima oportuno fomentar desde este artículo la utilización de estos recursos con el objetivo de conocer detalladamente el área objeto de estudio (valle del Nilo). Tal es así, que en determinados casos no resulta conveniente reproducir una gran cantidad de cartografía en los trabajos si ya existen atlas correctamente montados que pueden expresar visualmente el contenido tratado textualmente.

4. RECLUS, E., 1986, 399 pp.

FIGURA 1. MAPA DEL ANTIGUO EGIPTO



Fuente: DONADONI, S. (Editor) (1991): *El hombre egipcio*, p. 9.

En este sentido, se quiere demostrar aquí la posible conexión entre la cosmogonía egipcia, es decir, el modo a través del cual los antiguos egipcios explicaban el origen del cosmos y del mundo –y, por ende, de la totalidad de las cosas creadas–, y la realidad geográfica de Egipto. Con este fin, se partirá del estudio del sistema de dependencias que existió entre el desarrollo espacial y temporal de la cultura y religión egipcia y el medio natural del que obtuvo una serie de factores favorables para aquél.

Un rasgo a tener muy en cuenta a partir de este momento es que los mitos cosmogónicos del antiguo Egipto, al igual que los de otras civilizaciones del Oriente Próximo antiguo, poseen una base ecológica esencial y, en el caso que nos ocupa, el valle del Nilo acapara casi toda la atención. En el estudio endógeno de esta cuenca, no es extraño que nos centremos en el funcionamiento de las inundaciones, pues intentará ser éste uno de los principales pilares de conexión entre la geografía del Nilo y el mito de la creación del mundo según la visión de los egipcios.

1. EL VALLE DEL NILO: SISTEMA GEOGRÁFICO CON ENTIDAD PROPIA

Los elementos naturales no se disponen en el espacio condicionados por creaciones antrópicas que han resultado de la plasmación espacial de nuestro conocimiento y formas de concebir lo observado, como los límites políticos internacionales. Así ocurre con el Nilo, que aparece, según el tramo fluvial considerado, tanto en Egipto como en Sudán y Etiopía, aunque su origen más remoto ha de ser buscado en el lago Victoria ubicado entre Uganda, Kenia y Tanzania. Según esto, el valle del Nilo destaca por su disposición meridiana entre los aproximadamente 30° de latitud Norte correspondientes a su desembocadura y los 0° de latitud del lago Victoria.

El tramo fluvial que discurre por el Norte de Sudán y todo Egipto se denomina Nilo, mientras que en la región centro-oriental de Sudán, en torno a las ciudades de Omdurman (o Umm Durman) y Khartum (o Jartum, Khartoum o *Al Khurtum*), el Nilo se bifurca y da lugar a sus principales afluentes: el Nilo Blanco (*Bahr el-Abiad*), que procede del Sur de Sudán, conecta a través de sus colectores de menor entidad con los lagos Alberto –actualmente Mobutu Sese Seko– y Victoria (69.500 kilómetros cuadrados), y el Nilo Azul (*Bahr el-Assak*), que inicia su recorrido en el área lacustre de Tana (de 3.200 kilómetros cuadrados de superficie y situado a 1.830 metros de altitud), en pleno macizo Etiópico, hasta conectar con el Nilo, aportando más del ochenta por ciento del volumen total de las aguas del mismo.

El río presenta una desembocadura en delta en su extremo más septentrional, vertiendo sus aguas al mar Mediterráneo. En este gran delta el Nilo se divide en dos ramas principales, denominadas Rosetta (*Masabb Rashid*) al Oeste, y Damietta (*Masabb Dumyat*) al Este.

El sistema fluvial del Nilo riega aproximadamente una décima parte del territorio africano. Desde el nacimiento del Nilo Blanco, la longitud total del río es de unos 5.472 kilómetros. Ahora bien, si consideramos un lejano afluente, el río Ruviranza situado en Burundi, la longitud ascendería a unos 6.690 kilómetros aproximadamente. Su cuenca hidrográfica mide alrededor de 2.867.000 kilómetros cuadrados.

El recorrido del río se caracteriza por la presencia de varias cataratas en su lecho que producen como efecto directo sobre el caudal una aceleración del mismo, además de la consiguiente zapa erosiva en la base de los saltos de agua y, por ende, la profundización creciente del lecho debido al impacto de la columna hídrica en el suelo. Puesto que el flujo del río se dirige desde el Sur hacia el Norte, destacan en su recorrido seis cataratas (cuadro 1).

Los desiertos constituyeron otros de los elementos físicos con significación religiosa como se verá más adelante; compartiendo territorio con el valle del Nilo, siendo el contraste entre éste y aquéllos evidente, tanto desde el punto de vista geológico y climático (temperaturas, precipitaciones, humedad...), como vegetal, edáfico, animal y humano. En Egipto, al Oeste del Nilo aparece parte del desierto de Libia o desierto Occidental, y al Este el desierto Árábigo u Oriental. Ambos se caracterizan por la presencia de las formaciones eólicas más generales, las dunas, adoptando la arena que las compone un color rojizo. En Sudán, al Sureste del lago Nasser se sitúa el desierto de Nubia, y al Oeste de la ciudad de Atbara aparece el desierto de Bayuda. Como es sabido, estas regiones inhóspitas se enclavan dentro del gran desierto del Sahara, que abarca desde la costa atlántica de África del Norte hasta el mar Rojo.

CUADRO 1. LOCALIZACIÓN DE LAS PRINCIPALES CATARATAS EXISTENTES EN EL CURSO DEL NILO (DEL SUR HACIA EL NORTE)

<i>Identificación de la catarata</i>	<i>Localización espacial</i>
1ª Catarata	Entre Khartum Norte y Shandi
2ª Catarata	Entre Berber y Abû Dis
3ª Catarata	Entre Abû Dis y Merowe
4ª Catarata	Entre Argo y Delgo
5ª Catarata	Lago Nasser –Wadi Halfa–
6ª Catarata	Lago Nasser –Assuán–

Fuente: COLÁS, J. (Director y Coordinador) (1992): *Atlas Actual de Geografía Universal*, p. 167; y GEORGE PHILIP & SON LIMITED (1998): *Atlas Geográfico Universal*, p. 71. Elaboración propia.

En cuanto a los sistemas montañosos, además de los ya citados, es preciso referirse a las colinas del mar Rojo situadas a orillas del mar homónimo en el desierto Árábigo, a la meseta Gebel Abyad ubicada al Oeste del desierto Nubio, a la meseta de Libia al Noroeste de la depresión de Qattara, que a su vez se localiza en la región septentrional de Egipto, y a la meseta de Gilf Kebir. Además, destaca la península del Sinaí ubicada en el extremo nororiental de Egipto, cuya comunicación con el resto del país se materializa a través del canal de Suez donde aparece el Gran Lago Amargo.

En relación con los mares y accidentes costeros, al Noreste del desierto Árábigo aparece el golfo de Suez y el Akaba, y al Este del mismo desierto el mar Rojo.

La teoría más aceptada respecto al poblamiento del valle del Nilo es la que defiende los movimientos migratorios de diversos grupos humanos hacia dicho valle

debido a la progresiva desertización del Sahara (que alcanzó su último punto álgido en el 3200 antes de Cristo), utilizando en el desplazamiento las vías naturales que constituyen los *wadis*, dadas sus características morfológicas (fondo plano, ancho, de fácil tránsito, etcétera). Este proceso migratorio se habría iniciado en el VII milenio antes de Cristo aproximadamente. Con la llegada de diferentes grupos humanos se introdujeron en el valle nuevos conocimientos sobre la agricultura y la ganadería (PÉREZ LARGACHA, A., 1993, p. 45).

La situación tendente hacia una mayor sequedad del clima provocó una mayor dependencia de la sociedad respecto a los procesos de irrigación propiciados por el Nilo y, en consecuencia, a la agricultura. A pesar de la reducción de las precipitaciones era posible recurrir a pastos efímeros para la alimentación del ganado, mientras que la actividad alfarera se vería muy perjudicada dada la reducción de los recursos madereros que se utilizaban como combustible. También se derivó una serie de consecuencias sociales, pues continuaban llegando nuevos pobladores a Egipto. Así, aparecen nuevas formas de organización social, como la figura del líder –posible futuro faraón–, búsqueda de nuevas tierras, necesidad de conexiones endógenas, situación de enclaves comerciales, etcétera (PÉREZ LARGACHA, A., 1993, p. 47).

2. DINÁMICA DE LAS INUNDACIONES: DICOTOMÍA EN “POLOS OPUESTOS” DE UN PROCESO

Dada la gran importancia de las inundaciones regulares del Nilo para el funcionamiento territorial del valle bajo, resulta necesario dedicar un epígrafe a explicar la dinámica de las avenidas del río, aproximándonos de esta forma al funcionamiento endógeno del Nilo.

Una premisa básica que debe considerarse en el momento de tratar el papel de las inundaciones y que ya ha sido esbozada inicialmente, es la dicotomía dominante en la concepción de este proceso fluvial, pues aquéllas serán siempre beneficiosas para la región siempre que se desarrollen con normalidad y regularidad, puesto que los desequilibrios en la dinámica de las avenidas –ascensos muy rápidos y repentinos de caudal, niveles superiores a los habituales, etcétera– generan el efecto totalmente contrario al que desean los habitantes del valle respecto a sus actividades económicas, destacando las pérdidas de cosechas y las subsiguientes hambrunas entre otras situaciones de carestía.

Una vez finalizada la glaciación würmiense (unos 10.000 años antes de Cristo), último período helado de la historia geológica de la Tierra, acontecido entre el pleistoceno medio y superior, el valle del Nilo se configuró como polo de atracción de la población del Sahara y de gran parte de las regiones septentrionales de África. A lo largo del pleistoceno, el valle fluvial constituía una región pantanosa de difícil tránsito gran parte del año, alcanzando el caudal niveles superiores a los actuales (BAINES, J. y MÁLEK, J., 1988, p. 12).

Durante el Período Predinástico y subsecuentes (cuadro 2), el valle del Nilo se constituyó, primero, como una región muy favorable para la agricultura y, segundo,

para fundar una sociedad urbana, debido a factores naturales como la notable fertilidad de los suelos de la cuenca dado el aporte ingente de aluviones (concretamente un cieno negro que constituye un abono óptimo por contener detritus vegetales y animales, arena cuarcífera, silicato de aluminio hidratado, sales alcalinas y ferrosas, carbonato cálcico y potásico, nitrógeno combinado, anhídrido fosforoso y materias orgánicas) por parte del río durante las inundaciones, y a la topografía fundamentalmente llana. Dominan los perfiles suaves, situándose el tramo comprendido entre la desembocadura y el lago Nasser entre los 0 y 200 metros de altitud, mientras que el sector situado entre esta zona lacustre y el entorno de la ciudad de Atbara se dispone entre los 200 y 400 metros de altitud.

Si consideramos sólo las precipitaciones anuales de Egipto, la agricultura –concebida ésta como una actividad económica próspera para los asentamientos humanos– sería imposible de desarrollar en este país a excepción de algunos enclaves en la costa mediterránea, pues ni siquiera en el delta del Nilo se superan los 100/200 milímetros al año. Pero la realidad se torna de un cariz totalmente opuesto, con una agricultura fértil gracias al discurrir continuo de las aguas del río. Así, desde el Egipto antiguo la inundación anual del Nilo entre los meses de julio y octubre anegaba gran parte del valle fluvial y del delta (el exutorio del río se encuentra situado, en su totalidad, entre los 0 y 200 metros de altitud), pudiendo obtenerse profusas cosechas siempre y cuando se aplicasen las técnicas hidráulicas y agrícolas necesarias para ello.

El modelo de inundación citado ya no puede observarse en la actualidad en toda su plenitud, pues desde 1830 el funcionamiento del río se ha ido controlando mediante la construcción de diques, canales y presas –destacando la presa de Assuán⁵, cuya construcción finalizó en 1968, aunque ha sido objeto de varias obras de acondicionamiento desde esa fecha– en algunos puntos a lo largo de su recorrido, como la presa de Roseires construida en 1966 en el Nilo Azul. Estos sistemas hidráulicos regulan los niveles alcanzados por el caudal desde la ciudad de Sennar, en el Nilo Azul, hasta la desembocadura de la cuenca, al Norte de El Cairo (El *Qahira*). A éstos se le unirá el canal de Jonglei (comenzado a construir en 1978), en el Nilo Blanco, en el sur de Sudán, que comunicará entre sí dos afluentes de este último río, el Bahr el-Jebel y el Sobat (BAINES, J. y MÁLEK, J., 1988, pp. 14-15).

Las principales fuentes de alimentación del Nilo proceden del Nilo Azul y del Nilo Blanco, cauce que se divide en numerosos afluentes en la región meridional de Sudán. Las aguas de este último proceden de las lluvias de la zona tropical, río que proporciona un caudal relativamente constante a lo largo de todo el año, aunque reducido debido a que la región del Sudd –Sur de Sudán– absorbe la mayor parte del agua durante la estación lluviosa. Los ríos Nilo Azul y Atbara, que desembocan en el Nilo próximos a las ciudades de Khartum y Atbara respectivamente, aportan un impor-

5. También denominada “Gran Presa” o *Sadd el Ali*. Esta estructura tiene una longitud de 1.960 metros y el muro de contención mide 110 metros de altura. El agua embalsada puede irrigar hasta 800.000 hectáreas.

tante caudal procedente del monzón estival de Etiopía y proporcionan prácticamente la totalidad del volumen de agua entre julio y octubre –y previamente en Sudán–. Este período corresponde a la época de lluvias en la sabana del centro de este país. Además, otros aportes del Nilo Azul proceden del agua producto de la fusión nival en el macizo de Abisinia o Etiópico.

CUADRO 2. CRONOLOGÍA DEL ANTIGUO EGIPTO
(INCLUYE LA DOMINACIÓN GRIEGA Y ROMANA)

<i>Denominación del período cronológico</i>	<i>Período temporal aproximado</i>	<i>Dinastías imperantes</i>
Prehistoria o Período Predinástico	3700-3100 a. C.	Dinastía 0
Período Protodinástico	3100-2675 a. C.	I y II
Reino Antiguo	2675-2100 a. C.	III-VIII
Primer Período Intermedio o Período Heracleopolitano	2100-1975 a. C.	IX y X
Reino Medio	1975-1640 a. C.	XI y XII
Segundo Período Intermedio o Período Hicso	1640-1550 a. C.	XIII-XVII
Reino Nuevo	1550-1050 a. C.	XVIII-XX
Tercer Período Intermedio	1050-715 a. C.	XXI-XXIV
Período Tardío o Baja Época	715-332 a. C.	XXV-XXXI
Reyes griegos	332-306 a. C.	–
Ptolomeos ⁶	306-30 a. C.	–
Emperadores romanos	30 a. C.-313 d. C.	–

Fuente: SCHULZ, R. (1997): “Los monarcas de Egipto”, en *Egipto. El mundo de los faraones* (SCHULZ, R. y SEIDEL, M. Editores), p. 528. Elaboración propia.

En Egipto, el caudal del río alcanzaba su nivel más bajo entre abril y junio. En julio el nivel ascendía y la inundación comenzaba habitualmente en el siguiente mes, anegando gran parte del valle desde aproximadamente mediados de agosto hasta finales de septiembre (durante el verano el caudal se incrementa desde los 200 hasta los 10.000 metros cúbicos), lixiviando las sales edáficas y despositando un estrato de aluvión, cuyo crecimiento secular era de varios centímetros. Cuando se producía el descenso del nivel de las aguas comenzaba el sembrado de las principales cosechas en octubre y noviembre, que maduraban entre enero y abril según la especie de la que se tratase. Por tanto, la inundación anual permitía obtener una cosecha cada año.

6. Los Ptolomeos constituyeron un conjunto de reyes griegos que gobernaron Egipto pertenecientes a la dinastía Lágida.

El funcionamiento de las inundaciones apuntado depende directamente del clima, aunque el espacio ocupado por el valle del Nilo no presenta un clima homogéneo, sino por el contrario, una gran diversidad climática. En este sentido, en estrecha relación con las avenidas destaca el dominio tropical que se divide internamente en la región subecuatorial, sudanesa y saheliense subárida, interesándonos en nuestro caso especialmente las dos últimas. Estas regiones se disponen en el África austral y boreal en ese orden de menor a mayor latitud.

La región sudanesa se extiende desde los 10 y 16° de latitud Norte al Oeste de África (ascendiendo en latitud este límite conforme avanzamos hacia Levante) hasta la región subecuatorial que en Sudán comienza en su sector suroccidental. En la región sudanesa las precipitaciones anuales varían entre los 700 y 1.500 milímetros, que se distribuyen en dos estaciones (húmeda y seca) de duración similar (MÉNDEZ, R. y MOLINERO, R., 1996, p. 562).

Al Norte de la región sudanesa y circundándola, aparece la región saheliense subárida, destacando para el caso que aquí se trata el litoral sudanés del mar Rojo y el de Etiopía y Somalia. La intensificación de la sequedad es palpable en comparación con el clima dominante de la región sudanesa, provocando que las precipitaciones anuales oscilen entre los 200 y 500/600 milímetros, incrementándose la duración de la estación seca –entre 8 y 9 meses–, además de cambiar su carácter, caracterizado por aguaceros de gran intensidad horaria y una cierta irregularidad interanual (MÉNDEZ, R. y MOLINERO, R., 1996, pp. 562-566).

Durante largos períodos, el espacio del valle ha variado considerablemente, pero en los últimos 5.000 años no ha experimentado cambios significativos. El depósito de materiales sedimentarios y las intervenciones en materia hidráulica del ser humano han producido, empero, un crecimiento progresivo del terreno potencialmente cultivable, a medida que las áreas pantanosas, que aparecían habitualmente en los límites de los desiertos, fueron necesarias para la agricultura, incorporándose así algunas franjas desérticas a la llanura de inundación. El perfil transversal del valle y los rasgos particulares de la inundación tienen importancia en esta tendencia.

El agua que discurre por el cauce tendía a profundizar el lecho, y el depósito de materiales durante la crecida elevaba el nivel de la superficie topográfica más próxima al cauce, donde la riada se desarrollaba con mayor intensidad. De esta forma, el perfil transversal del valle es convexo y las tierras cercanas al río eran “menos húmedas” y más favorables para la colonización que las más alejadas. La avenida no consistía en un desbordamiento general de las aguas sobre ambos márgenes del río, sino que discurría por canales de alivio en dirección a los terrenos situados a menor altura, más allá de las orillas del cauce (BAINES, J. y MÁLEK, J., 1988, p. 16).

Las situaciones de “Nilo alto” concentraban una mayor preocupación por parte de los habitantes que las correspondientes a las de “Nilo bajo”, pues las primeras, además de poseer potencialmente una mayor capacidad de destrucción, inundaban los campos durante un período de tiempo más prolongado que las avenidas de “Nilo bajo”, reduciéndose así la fase de siembra y recogida de la cosecha.

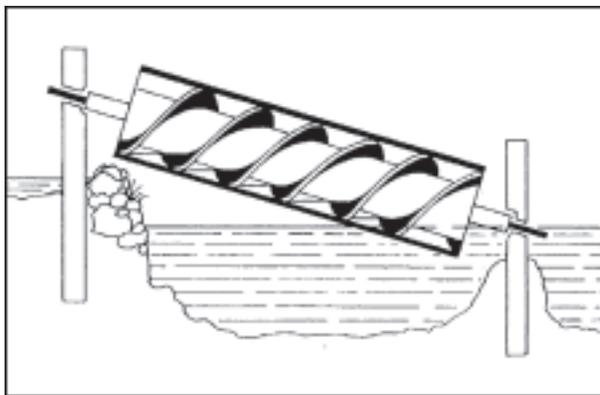
La incidencia de la dinámica fluvial en la civilización egipcia a lo largo de su historia ha sido nítida. Tal es así que el período de crisis del Reino Antiguo se debió,

entre otras razones, a un cambio climático que alteró el nivel de crecida del Nilo, el cual descendió hasta un cuarenta por ciento, provocando serias hambrunas en las provincias más pobres del Estado (PÉREZ LARGACHA, A., 1999, p. 20). Pero también una sucesión de crecidas excesivas que una de las causas de la crisis del Reino Medio (PÉREZ LARGACHA, A., 1993, p. 45).

El desarrollo de las inundaciones llegó a tener tal relevancia para la vida en el antiguo Egipto que, en numerosos enclaves situados a orillas del Nilo, se registraba el nivel alcanzado por las aguas en cada crecida a través de los denominados nilómetros. Se trataba de estructuras de piedra en forma de pozos o de callejones con escaleras descendentes, en cuyas paredes se tallaron marcas de aforo utilizando una escala en codos y fracciones de codo. Según el nivel alcanzado por las aguas anualmente y medido con este recurso, se fijaban los impuestos y entregas en especie. Una crecida era considerada benéfica si no superaba los aproximadamente 11,5 metros en la isla Elefantina, los cerca de 6,60 metros en Pi-Hapy y los casi 3,20 metros en Behedet.

En un principio, y dado que la irrigación de las tierras se basaba en la utilización de estanques, esto sólo permitió obtener una cosecha anual. Pero a partir de la época ptolemaica se pudieron obtener dos cosechas al año, debido a la utilización de un sistema de canales en la irrigación. El incremento de la superficie irrigada fue posible a la aplicación de diversos sistemas hidráulicos, siendo los más importantes el *shaduf*, el *tanbur* o tornillo de Arquímedes y la noria o *saqiya*, siendo los canales, los estanques y los pozos los sistemas cuyo uso estaba más generalizado. A continuación se explican brevemente los tres primeros sistemas:

1. Desde el Reino Nuevo, el *shaduf* aparece en las decoraciones murales de las tumbas: se trata de un aparato mecánico para extraer agua y subirla a niveles más altos, especialmente utilizado para la irrigación de jardines y huertos. A un extremo de una larga viga apoyada en un travesaño por el centro aproximadamente se fija un contrapeso de piedra o de barro del Nilo. En el otro extremo cuelga un recipiente atado al extremo de una cuerda larga que se introduce en un canal o pozo situado a un nivel inferior para subir el agua a un canal de distribución situado a mayor altura. De esta forma también se extraía el agua potable. Dado que su utilización necesita una notable mano de obra, su aplicación se limita a los cultivos de huerta y al mantenimiento del nivel de las aguas en las áreas inundadas. Este mecanismo se importó desde Siria.
2. En la época ptolemaica se desarrolló el *tanbur* o tornillo de Arquímedes, que se accionaba girando una empuñadura a mano, utilizado para extraer el agua de niveles inferiores y ascenderla a otros situados más arriba con el mínimo esfuerzo. En el interior del mecanismo cilíndrico se encuentra un tornillo sin fin que, al girar alrededor de un eje, va impulsando el agua a lo largo del tubo que forma su envoltura (figura 2).
3. En la época helenística se inventó la noria, la *saqiyah*, ya no la impulsada manualmente por el hombre, sino con tracción animal. Una rueda horizontal que gira sobre un eje vertical es impulsada por bueyes, hoy búfalos, y propulsa mediante un engranaje otra rueda dispuesta verticalmente y tangente a ella,

FIGURA 2. TORNILLO DE ARQUÍMEDES O *TANBUR*

Fuente: STRAUß-SEEGER, C. (1997): “Regalos del Nilo: la economía agrícola de un oasis fluvial”, en *Egipto. El mundo de los faraones* (SCHULZ, R. y SEIDEL, M. Editores), p. 378.

que a su vez mueve a otra que contiene una cadena de recipientes que extraen el agua desde profundidades de hasta 10 metros y la vacían en un canal de distribución. Actualmente, en la mayoría de los casos, las bombas automáticas han sustituido este penoso trabajo.

Además de la aplicación de estos sistemas hidráulicos, los egipcios también construyeron grandes obras hidráulicas, como la presa instalada en el *wadi* Garawi, al Sur de Menfis, edificada durante la III Dinastía. Esta presa almacenaba las aguas que, después de lluvias de fuerte intensidad horaria propias de las áreas desérticas, se derramaban a través de la rambla hacia el Nilo (STRAUß-SEEGER, C., 1997, pp. 378-379).

El desarrollo del ciclo del Nilo caracterizado por períodos de inundación y otros de menor caudal, determinó el número de estaciones que forman parte del calendario egipcio (BRESCIANI, E., 2001, pp. 14 y 25). De este modo se distinguían tres:

- 1.^a Desde julio hasta septiembre, estación caracterizada por la inundación (denominada *Akhet* = inundación).
- 2.^a Desde octubre hasta abril, donde se cultivaba y maduraba la cosecha (*Peret* = siembra).
- 3.^a Desde mayo hasta junio, estación seca y momento de recoger los cultivos (*Shemu* = recolección).

En conclusión, las inundaciones han representado un papel fundamental en la supervivencia de la civilización del antiguo Egipto, haciendo posible la instauración de todo un sistema político y, sobre todo, económico, que aportase riquezas para la población y que engrandeciera el estatus del Estado. Pese al desarrollo normal de las avenidas periódicas en casi todos los casos, en otras regiones también condicionadas

por las inundaciones, como en el caso de Mesopotamia, la realidad ha sido muy distinta. En esta región, las crecidas de los ríos Éufrates y Trigris no son sincrónicas (tienen un funcionamiento muy irregular) y, además, suelen presentar consecuencias más destructivas frente a la “benignidad” del Nilo para los habitantes del valle.

3. EL MEDIO NATURAL COMO CONDICIONANTE DE LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA

En la explicación del condicionamiento que el medio natural supuso para el origen y desarrollo de la civilización egipcia, no podemos abstraernos de la concepción dual –Alto y Bajo Egipto– que los antiguos egipcios tenían de su propio espacio vital. Por ello, es necesario distinguir los siguientes espacios geográficos:

- El Alto y Bajo Egipto centrados ambos en el valle del Nilo.
- Los desiertos y los oasis existentes en el interior de los mismos.
- La región de Nubia y el área de Siria y Palestina, puesto que si estas dos últimas regiones no forman parte estrictamente de Egipto, no debemos eludir las, pues su relación de índole económica con este país fue fundamental.

Dado el papel central desempeñado por el Nilo y la constatación por parte de los egipcios de la reproducción anual de las inundaciones, el etnocentrismo constituyó una creencia muy extendida. Tal es así que, y en comparación con otras regiones del Oriente Próximo antiguo, los egipcios consideraban que el único río que discurría correctamente era el Nilo, desde el Sur hacia el Norte, mientras que el resto lo hacían al contrario y de un modo incorrecto, en clara referencia a los ríos Éufrates y Trigris de la región mesopotámica.

En el proceso de explicación de cómo el medio natural ha condicionado el desarrollo de la civilización egipcia, no sólo analizaremos el caso de las actividades económicas, sino también el de los asentamientos humanos. En este sentido, resulta bastante difícil determinar el volumen de población existente en Egipto en el momento de su esplendor cultural, aunque se han proporcionado diferentes cifras. Algunas interpretaciones son “restrictivas” y señalan el millón y medio de habitantes para el antiguo Egipto (PÉREZ LARGACHA, A., 1998, p. 198), mientras que otras son más “expansionistas” y citan la cifra de cinco millones aproximadamente en los momentos de mayor esplendor.

3.1. *El Alto Egipto o Ta-shema*

Los nomos⁷ situados entre Assuán y Tebas fueron los más pobres desde el punto de vista agrícola, pues este tramo del Nilo presenta un elevado grado de encajamiento

7. Los nomos fueron las divisiones administrativas del antiguo Egipto, cuyos orígenes se remontan a comienzos del Período Dinástico. El Alto y Bajo Egipto dispusieron de 22 y 20 nomos respectivamente (BAINES, J. y MÁLEK, J., 1988, p. 15).

y, además, el valle tiene una sección transversal muy estrecha. Estas características físicas determinaron que la incidencia de las inundaciones fuese aquí mayor que en otros tramos fluviales. Al Norte de Tebas y hasta Abidos se localiza la región más fértil, pues la llanura aluvial presenta una mayor anchura, hecho que repercute incrementando la superficie del terrazgo.

El espacio restante del Alto Egipto presenta una topografía caracterizada por las escasas pendientes, lo que favorece la extensión de las avenidas, siendo su control por parte de la población más difícil y complejo respecto a otras áreas del valle. Próximo a la frontera entre el Alto y Bajo Egipto se encuentra el lago de El Fayum, cuyo ecosistema lacustre –terrestre, circunscrito a las orillas del lago, y acuático– favorecía la actividad cinegética y pesquera de los grupos más opulentos. La caza también se practicaba en los fondos de los valles, pues éstos solían estar delimitados en ambos flancos por paredes rocosas escarpadas y de gran altura que impedían que las presas potenciales huyesen. Además, dada la elevada humedad y exuberante vegetación de fondo de valle, el volumen de piezas sería mayor. En un principio estas tierras fueron abundantes en elefantes, jirafas, leones, rinocerontes, antílopes, gacelas, ciervos, cabras monteses, aves, cocodrilos, hipopótamos, etcétera. Empero, el drenaje de los pantanos y el aumento de la superficie cultivable durante las tres primeras dinastías forzaron a la fauna mayor a alejarse de los valles.

La decadencia de la riqueza faunística también se acentuó debido al aumento de aridez del Norte de África, coincidiendo con el final de la fase húmeda del Neolítico, que alcanzó su auge entre el 2350 y 2000 antes de Cristo (STROUHAL, E., 1994, p. 118).

El sistema económico de este espacio geográfico se basaba en la agricultura, pues la ganadería era escasa. El cultivo de grandes extensiones de la llanura de inundación implicaba la aplicación de la técnica basada en la apertura de un conjunto de cuencas de notables dimensiones, denominadas “terrazas”, ubicadas cada una de ellas a un nivel ligeramente inferior respecto a la precedente, ya que el desnivel del Nilo entre Assuán y el mar Mediterráneo no supera los 85 metros. Durante el Período Dinástico, la superficie irrigada del valle fue creciendo progresivamente, aunque sufrió ocasionales retrocesos, fundamentalmente en torno al 2100 antes de Cristo. Ese incremento era debido tanto a las mejoras técnicas –generalmente introducidas– como a la desecación y el saneamiento de espacios ocupados por tierras bajas y pantanosas.

Destacaban los cultivos cerealistas: escanda (trigo de la variedad de dos granos) –*Triticum dicoccum* L– para elaborar pan, y cebada de seis granos, para fabricar cerveza (el trigo fue introducido en el período grecorromano). También había legumbres, como las lentejas, los garbanzos y las habas; hortalizas, como lechugas, ajos, cebollas, puerros, calabazas, pepinos, rábanos, guisantes y habichuelas; frutas, especialmente dátiles, melones y sandías; plantas forrajeras –principalmente alfalfa, trébol y la arveja *Lathyrus sativus*– para alimentar al ganado; hierbas medicinales (como productos salutariferos destacaban la goma de terebinto, la rubia, la alheña y el índigo); especias, como el comino, el anís, el hinojo, el coriandro y las bayas de enebro; y plantas oleaginosas, como el ricino, el sésamo (del que se obtiene un tipo de aceite), el cártamo y las moringas. La miel constituía el principal edulcorante, siendo la apicultura una actividad destacada que también proporcionaba cera.

La dinámica trashumante consistía en trasladar los grandes rebaños hacia los extensos pastizales de las marismas del delta occidental después de la inundación, alimentándose de plantas forrajeras. Al principio del verano los rebaños regresaban a su lugar de origen.

La existencia de arcillas de buena calidad en las orillas del Nilo favoreció la actividad artesana, fabricándose numerosos botijos que eran transportados a través del río. Estos recipientes, al permitir la regulación térmica entre el interior y el exterior a través de sus poros, contenían agua potable que mantenían a “temperaturas frescas”. Además, este barro, mezclado con paja, adquiere una gran plasticidad y puede moldearse en forma de ladrillos que se secan al sol y que se destinan a la construcción de viviendas. Construidas con este material, las edificaciones “son frescas en la estación estival y cálidas en la invernal”, manteniéndose en buen estado dado que el clima de Egipto es generalmente seco –elevada insolación– y las precipitaciones que se producen lo hacen concentradas en el tiempo. Debe tenerse en consideración que la existencia de conjuntos de rocas compactas y deleznable en los diferentes espacios geográficos en los que se ha dividido el antiguo Egipto propició su utilización, en el primer caso, para elaborar bajorrelieves y, en el segundo, para la construcción de los “colosos reales”, los templos.

Las ciudades ubicadas en este sector del Nilo constituían una avanzadilla hacia el Sur, es decir, hacia el interior de África (territorios potencialmente explotables) y los desiertos, destacando la existencia de diversas minas y canteras. Como es lógico, también cabría la posibilidad de que la civilización egipcia entrase en contacto con nuevas poblaciones, aunque aquella siempre las consideró inferiores desde la perspectiva cultural a éstas (PÉREZ LARGACHA, A., 1999, p. 14). La civilización ubicaba sus viviendas preferentemente en los extremos de la “Tierra Negra”, ya en el contacto con la “Tierra Roja”, pues de esta forma reducían la humedad que afectaba a sus casas y no disminuían notablemente la superficie fértil.

Respecto a El Fayum, su explotación intensiva dependió del descenso del nivel de las aguas, que permitió ganar terreno fértil al lago, y la utilización del agua –que de otro modo se habría desbordado– para regar, tanto tierras de labor ubicadas a niveles superiores e inferiores en relación con el nivel normal del área lacustre. El éxito que tuvo la explotación de El Fayum se debió más a la abundante mano de obra que a la aplicación de técnicas avanzadas. Dada la riqueza cinegética y pesquera de este lago, en sus orillas se establecieron palacios de descanso destinados a las clases pudientes.

Los recursos ictiológicos más importantes existentes en las cuencas endorreicas interiores de Egipto estaban constituidos por anguilas, mújoles, carpas, tencas y los peces típicos del Nilo: el fagro y el osirínco –en clara alusión al dios Osiris–.

3.2. *El Bajo Egipto o Ta-mehu*

Hacer referencia al Bajo Egipto supone considerar el dominio por antonomasia de la desembocadura deltaica del Nilo, cuya costa está caracterizada por la presencia de arenas y algunas superficies lacustres, como los lagos Mariut, Idku, Burullus,

Manzala, Timsah y Lagos Amargos (dispuestos de Oeste a Este). Según el profesor de la Universidad Louis-Pasteur y del Centro de Geografía Aplicada de Estrasburgo, Henri Nonn, el exutorio del Nilo correspondería, según las clasificaciones al uso, a un delta que une lóbulos convexos y medias lunas cóncavas entre los brazos de su desembocadura, debido al predominio de la abrasión marina sobre la acción fluvial (NONN, H., 1987, p. 89).

Hacia el interior aparecen numerosas lagunas y marismas, además de producirse en él la división del cauce principal en varias ramas, originando multitud de corrientes anastomosadas de diferente entidad.

Este marco natural condicionó, como es lógico, el asentamiento humano y el desarrollo de las actividades económicas. Por ello, los pequeños enclaves se situaron en lugares topográficamente elevados –denominados *geziras*–, dando lugar a un hábitat disperso y de escaso carácter urbano. Esto explica que las principales ciudades del Bajo Egipto estén situadas en los márgenes del delta fluvial. Respecto a la base del sistema económico, se modifica radicalmente en relación con el *Ta-shema*, dominando en este caso la actividad ganadera dada la profusión de áreas pantanosas.

El delta del Nilo constituye una unidad de paisaje dentro del sistema fluvial general, pero los antiguos egipcios hacían una ligera distinción entre el delta occidental, central y oriental.

El delta occidental no concentró gran interés para la civilización, aunque de este sector podía proceder una amenaza para las “riquezas del Nilo”, las invasiones libias, que en ocasiones buscaban nuevos espacios de asentamiento y, en otras, tierras para saquear la cosecha. En cuanto al delta central, por su localización en el punto de máxima actividad fluvial de la desembocadura, los egipcios abogaban por la imperiosa necesidad de llevar a cabo procedimientos de reorganización integral de este espacio.

Pero fue el delta oriental el que concentró la mayor atención de la población, cuya importancia para el Estado egipcio era triple: por un lado, constituía la vía natural para establecer relaciones comerciales con el área de Siria y Palestina, además era la salida de los ejércitos del reino y, por otro lado, no cabe duda de su importancia administrativa, al implicar una de las fronteras más significativas de la civilización. Por tanto, no es extraño que en el delta oriental se iniciase el denominado “Camino de Horus⁸”, utilizado para el tránsito de ejércitos y comerciantes, donde se localizaban espacios de avituallamiento (PÉREZ LARGACHA, A., 1999, p. 14).

Siendo el delta del Nilo la mejor conexión con el exterior a través de las redes de comunicación citadas en comparación con el Alto Egipto, no resulta extraño que el área de la desembocadura del río experimentase un mayor dinamismo, fundamentalmente comercial y político, que el *Ta-shema*.

La preponderancia en el Bajo Egipto de la ganadería frente a la agricultura como base económica no sólo se plasmó en el tipo de aprovechamiento aplicado en el

8. Denominación de uno de los dioses más importantes del panteón de la religión egipcia, cuyo significado etimológico era “el lejano”; era considerado hijo de Isis y de Osiris. En su figura se plasmaba la defensa del orden cósmico.

espacio, sino también se manifestó en la religión, y en el panteón divino existieron numerosas deidades vinculadas con esa actividad. La carne con un mayor interés dietético era la de vacuno (siendo las *gamuzas* la especie típica de Egipto), aunque probablemente también se consumiese la de ovino, porcino y caprino, así como la correspondiente a diferentes variedades de antílopes y gacelas. A la producción de carne y leche debemos añadir la obtención de cueros, lana, cuernos y grasa.

El asno constituyó el animal de silla y carga más empleado por los antiguos egipcios. Fue domesticado a partir del burro salvaje de Nubia (*Equus asinus africanus*) en el IV milenio antes de Cristo, probablemente en el Norte de África y quizá en el Alto Egipto. El caballo se introdujo con la invasión de los hicsos⁹, pero no se utilizó en las labores agrarias, sino preferentemente como animal de tiro de carros ligeros de dos ruedas. El camello era conocido desde el Reino Nuevo, pero fue utilizado como medio de carga y desplazamiento a través de los desiertos a partir del Período Tardío (STRAUß-SEEGER, C., 1997, p. 382). El camello exige una demanda de agua y alimento reducida, todo ello almacenado en sus gibas, lo que le permite recorrer grandes distancias.

El surgimiento y desarrollo posterior de la agricultura en el *Ta-mehu* se produjo como efecto concomitante a la actividad comercial, administrativa y militar de Egipto por su implicación, cada vez mayor, en los circuitos políticos internacionales de la época. Su aparición también implicó notables trabajos de desecación de áreas pantanosas. El cultivo de la vid (predominaba la uva garnacha) destacaba en el delta occidental y en los oasis, conociéndose ya el vino, que formaba parte del elenco de productos suntuosos; los tintos están muy bien documentados y los blancos se conocen a través de fuentes griegas. También se conocían los vinos de granada –granados– y de dátiles (BAINES, J. y MÁLEK, J., 1988, p. 17). Las cepas se plantaban en oquedades abiertas en el suelo y rellenas de lodo para aumentar su fertilidad, rodeadas por un alcorque. El abono solía estar compuesto de estiércol avícola procedente de las palomas criadas en las propias áreas de cultivo, aunque también llegó a utilizarse el orín caballar. La técnica utilizada inicialmente fueron rústicas pérgolas, para con posterioridad aplicar el cultivo en perchas o espalderas.

A diferencia de otras culturas en las que una de las bases del sistema económico es la agricultura, en el antiguo Egipto y específicamente en el delta del Nilo, los agricultores (*fellah*) no aplicaron el barbecho. Por un lado, porque dada la escasa importancia que tuvo aquí la agricultura en comparación con la ganadería, se intentaba maximizar la producción de la reducida tierra disponible para cultivar. Por otro, porque no existía la amenaza patente de agotar la riqueza agrológica del terrazgo, puesto que el Nilo aportaba un ingente volumen de nutrientes cada año.

Desde el punto de vista de la vegetación natural, en el delta del Nilo se combina una vegetación forestal característica de los oasis (palmera datilera –de la que se obtiene materia prima para producir fibras–, tamarisco, acacia espinosa, palmito, algarrobo,

9. Reyes de origen asiático que dominaron Egipto durante la XV Dinastía, aproximadamente entre 1650 y 1542 antes de Cristo (SCHULZ, R. y SEIDEL, M. (Editores), 1997, p. 516).

sauce, laureles y árboles frutales, como higueras, granadinos y mandrágoras) con la estepa herbácea y las superficies semidesérticas. Este tapiz vegetal favorece el pasto del ganado en la desembocadura del río, además de obtener el papiro¹⁰ y el lino, del que posiblemente se obtuviese el aceite de linaza. También destacaban los lotos, conociendo los egipcios dos tipos: el loto blanco (*Nymphaea lotus*) y el loto azul (*Nymphaea caerulea*), a los cuales se añadió el loto indio (*Nymphaea nelumbo*). El algodón sólo se cultivó en Egipto a partir del Período Tardío. La riqueza faunística en los medios terrestre (fluvial, lacustre, pantanal, etcétera) y marino favorecía la práctica de la caza y la pesca.

El delta constituía un espacio que atraía a numerosas aves que recalaban en él debido a sus rutas migratorias. Pero el consumo de carne de ave era un privilegio de las clases sociales dominantes, destacando las palomas –la paloma *Rock*–, criadas también posiblemente en palomares, así como aves acuáticas –gansos, patos, ocas, grullas e, incluso, cisnes– y terrestres –codornices, tórtolas, etcétera–. Las gallinas no se conocieron antes del Reino Nuevo y probablemente se generalizaron en el período grecorromano. Los bancos pesqueros más importantes eran el Nilo, el lago Manzala en el delta oriental y el lago de Moeris (*Birket Qarun*) en El Fayum (STRAUß-SEEBER, C., 1997, p. 382).

Las condiciones de movilidad e inestabilidad del sustrato en el exutorio del Nilo como consecuencia de la dinámica fluvial propia de los ámbitos de desembocadura de ríos, también constituían factores negativos para las estructuras humanas, como la construcción de sólidas vías de comunicación, siendo muy difícil atravesar el delta en uno u otro sentido. Tal fue la dificultad de tránsito que hasta los propios faraones, cuando regresaban de las campañas militares que habían desarrollado en el exterior, intentaban no penetrar en el Bajo Egipto. El asentamiento permanente se llevó a cabo sobre las cadenas de dunas situadas entre los distintos brazos del Nilo, anulando así el desplazamiento de las mismas al quedar aquéllas fijadas. Ahora bien, durante la época predinástica se fundó, en el área donde confluyen los numerosos brazos del Nilo, el gran centro económico del país ostentado por la ciudad de Letópolis, aunque a partir del Reino Antiguo este posicionamiento lo tuvo Menfis, en la actualidad El Cairo, que concentra el poder económico del Egipto actual. En los tiempos predinásticos, el gran centro religioso del Bajo Egipto fue Heliópolis, situada al Norte de Menfis.

A tenor de los testimonios encontrados, parece que existían rutas comerciales entre el valle del Nilo y su delta, fenómeno que ayudaría a complementar ambas regiones desde el punto de vista de las actividades económicas, supliendo así las carencias de recursos en cada una de ellas.

10. Se utilizó para elaborar diversos productos artesanales (esteras, cestas, elementos arquitectónicos, barcas, sandalias, vestidos, velas, cuerdas y ligeras sombrillas) y también en el ámbito cultural (ofrendas). Tenía un elevado valor simbólico (frescura, fertilidad, regeneración), lo que produjo que se transformase en un modelo decorativo en la arquitectura y utensilios culturales. También se masticaban las ramas dulces. No obstante, la mayor importancia la alcanzó mediante la transformación de la pulpa de sus tallos para elaborar material de escritorio denominado “papiro” (SCHULZ, R. y SEIDEL, M. (Editores), 1997, p. 518). Los papiros se convirtieron en la planta heráldica del Bajo Egipto, mientras que el loto era el símbolo del Alto Egipto.

3.3. *Los desiertos y oasis*

Los flancos oriental y occidental del valle del Nilo están integrados por diversos desiertos y un conjunto de oasis que aparecen situados en el interior o en los extremos de los mismos, constituyendo éstos auténticos vergeles en un contexto aparentemente inhóspito y desolador, pues son el hábitat de una serie de animales y microorganismos adaptados a la sequía, y de algunas especies vegetales que también presentan mecanismos particulares de adaptación. Los oasis más importantes existentes en el entorno del Nilo son los siguientes (de Norte a Sur):

- Libia: oasis de Jufra, Jalu, Tazerbo y Kufra.
- Egipto: oasis de Siwa, Bahariya, Farafra, el-Dakhla, el-Kharga, Kurkur y Dunqul.
- Sudán: oasis de Salima y de Nukhaylah.

La superficie desértica ocupa aproximadamente el noventa por ciento del país, y constituyó una defensa natural para la civilización contra posibles ataques o incursiones de pueblos extraños al reino, debido a las difíciles condiciones de estos medios: elevadas temperaturas diurnas, acusadas oscilaciones térmicas diarias, escasez de precipitaciones –y su concentración horaria–, déficit hídrico y disponibilidad ínfima de recursos naturales. Respecto a la orientación económica de los desiertos, hay que destacar la explotación de diversas minas y canteras.

En cuanto a los desiertos, destaca el occidental y el oriental, aunque este segundo concentró la mayor atención de los egipcios por la existencia en él de importantes yacimientos de cobre, además de por ser la principal vía de acceso al mar Rojo. Estos desiertos estaban compuestos por grupos nómadas y dispersos de población, que desempeñaron un papel en la estructura política y económica de la civilización egipcia, al haber sido utilizados como mercenarios en el ejército y por integrar una gran parte de la mano de obra dirigida a la construcción de las edificaciones de carácter público y, específicamente, de carácter político o religioso, como los templos erigidos en honor de la divinidad principal de cada urbe.

En el desierto oriental destaca la fuente de minerales del Sinaí, que proporcionaba turquesas, cuyos yacimientos explotaron los egipcios desde la III Dinastía hasta finales del Reino Nuevo. Los asentamientos principales con huellas egipcias se hallan en el Sinaí occidental, y durante ciertos períodos hubo allí colonias semipermanentes. La península del Sinaí fue también sede de yacimientos de cobre que probablemente fueron explotados por la población local bajo el mando egipcio, además de malaquita, granate, feldespató verde, ágata con vetas concéntricas marrones y blancas, ágata con estrías azules, ónice, amatista, cuarzo, berilo verde y calcedonia. Todos estos minerales se utilizaron en joyería y orfebrería. Además, el cobre también se importó de Chipre.

El desierto arábigo también producía gran cantidad de bloques para la construcción y piedras semipreciosas. Destacaron las canteras próximas al valle del Nilo, como las de Gebel Ahmar, de cuarcita, y las de Hatnub, de alabastro egipcio; además

de las que proporcionaban arenisca, el Wadi Hammamat, y las minas de oro, situadas en su mayor parte al Sur de la latitud del enclave de Koptos ubicado al Norte de Tebas. Una vez más, era la población local quien explotaba los enclaves mineros gobernada por las autoridades egipcias. El desierto oriental también era rico en calquita, obteniendo coral del mar Rojo.

Los oasis (*wahé*) constituyen lugares donde establecerse durante la noche, obteniendo así protección de los potenciales peligros de los desiertos. El contraste entre el ecosistema propio de los oasis y el desértico es muy acusado, tanto desde el punto de vista natural (clima, vegetación, fauna, suelos, recursos) como humano. Estos rasgos distintivos también se plasmaron en las construcciones culturales y en las divinidades, pues éstas presentaban rasgos, atributos y poderes diferentes respecto a los templos y los dioses del valle.

Las vías que comunicaban el valle del Nilo con los diferentes oasis y desiertos eran generalmente *wadis* que, por su fondo plano, habitualmente ancho y de fácil tránsito, permitían establecer rutas comerciales que unían los nexos citados, además de facilitar las expediciones dirigidas a la búsqueda de nuevas canteras y metales. No resulta extraño que el control de estas vías se llevase a cabo por individuos pertenecientes a la población local, que eran los mejores conocedores de esos ámbitos.

En el plano económico y dado el microclima dominante en los oasis debido a la cubierta vegetal y a la presencia de agua (generalmente con un nivel piezométrico muy próximo a la superficie, pues el afloramiento del nivel freático suele constituir el origen de los *wahé*), los principales productos obtenidos de los mismos eran el vino y los dátiles, destacando en este sentido el oasis de Siwa, al Oeste de la depresión de Qattara. Pero estos verdegales, situados, en algunos casos, en el interior de los desiertos, pudieron desempeñar una función política, menos halagüeña, como es exiliar a estos espacios a los posibles enemigos del Estado, aunque éstos pudieran pensar inicialmente que habían sido enviados al “paraíso”. Además, los oasis constituían un refugio para las personas que huían para escapar de la justicia o de la persecución, refugiándose en los oasis de el-Kharga y el-Dakhla fundamentalmente.

3.4. Nubia

La región de Nubia, actualmente Sudán, se caracterizó en lo que a etnias se refiere, por el dominio de la población con rasgos negroides en el Sur, mientras que en el Norte destacaba una población de piel marrón (PÉREZ LARGACHA, A., 1999, p. 15-16).

Respecto al sistema económico, se incrementan los lazos de dependencia de la población hacia el Nilo, pues el espacio potencialmente cultivable es mínimo en comparación con Egipto y, además, los suelos son rocosos. Téngase en cuenta que en el “país entre dos tierras” aparecen los suelos aluviales situados en torno al Nilo en su tramo final, y los suelos desérticos rodeando a los precedentes; mientras que en Sudán aparecen los suelos desérticos, semidesérticos de pradera –chernozioms– y suelos ferralíticos dispuestos de Norte a Sur. No resulta ilógico que, ante este panorama, se

produjesen movimientos emigratorios desde Nubia hacia Egipto, transformándose la mayor parte del volumen de población emigrado en mercenarios. El enclave que concentraba mayores recursos era Dongola, situado a orillas del Nilo al Sur del lago Nasser.

Los suelos aluviales son fértiles por su riqueza en minerales en vías de alteración. Los suelos aluviales de mejor calidad son aquellos que poseen una capa limosa o arcillo-limosa de buen espesor, tal y como ocurre en el valle del Nilo. Respecto a los suelos desérticos o aridisoles, presentan una muy reducida fertilidad debido a su ínfima cantidad de humus y a que la alteración química de los materiales es débil. En relación con los chernozoms, son suelos de elevada fertilidad, tanto por sus propiedades físicas como químicas. Son suelos profundos, de elevada porosidad, lo que garantiza una buena aireación, siendo la capacidad de retención hídrica suficiente. En los suelos ferralíticos la fertilidad es baja, y sólo son aptos para el crecimiento del bosque ecuatorial (DUCHAUFOR, P., 1984, pp. 200, 205, 264 y 453).

La Baja Nubia disponía de canteras de piedra y yacimientos de oro a ambos lados de las orillas del Nilo. Esta región desempeñó el papel de abastecedora de madera, mientras que la agricultura nunca fue una actividad muy próspera por razones edáficas. Además, de aquí procedían numerosos productos muy demandados por los egipcios, muchas veces de carácter lujoso, como las especias, el marfil, el ébano, las plumas de avestruz, las pieles de leopardo, las colas de jirafa y algunas especies de mandriles, aunque todavía no está claro si estos productos procedían verdaderamente de aquí o de diversos puntos de la selva ecuatorial, pudiendo haber pasado aquéllos por varios intermediarios antes de llegar a Egipto.

En territorio nubio aparecen varias cataratas del Nilo (cuadro 1), algunas de las cuales representaban un serio obstáculo para las embarcaciones, pues en ciertos casos no era posible su tránsito fluvial o sólo lo era en determinadas situaciones, como en época de inundaciones.

3.5. *Siria y Palestina*

El Estado del antiguo Egipto mostró un trato despectivo hacia los habitantes de esta región, aunque no alcanzó las cotas del que tenían hacia los nubios, hecho que impidió la plena integración del Estado de Nubia en la civilización egipcia. Aún así, los asiáticos de Siria y Palestina desempeñaron funciones sociales al trabajar como servidores domésticos, debido a sus gustos refinados y suntuosos, pero también como militares, pues existía la creencia de la dificultad de vencerlos en el campo de batalla.

Egipto importaba de esta región la madera (cedro o ébano libanés) necesaria para la construcción de sarcófagos; embarcaciones destinadas a trasladar las estatuas de las deidades a través de los ríos; muebles; para el techado y apuntalamiento de grandes espacios; para andamios en la construcción de templos; y numerosos artículos. Los árboles más importantes eran los sicómoros, acacias del Nilo, tamariscos, palmera datilera y morera, aunque la madera de estas especies solía ser, por lo general, de mala

calidad¹¹, por lo que era necesario recurrir a las maderas de importación. Los olivos, al ser escasos, se solían importar de Oriente Próximo. Otra explicación que puede explicar la necesidad de importar madera del exterior sea que, en un principio, la extensión forestal sería mayor con respecto a la actualidad, aunque las talas abusivas pudieron acabar con cierta rapidez con gran parte de la superficie arbórea. Bien es verdad que los rasgos de los climas actuales del Noreste de África no hacen posible el desarrollo de una densa cobertura arbórea, pero durante la era cuaternaria África presentaba un clima más fresco y húmedo, denominándose a esta etapa “Edad Pluvial”, siendo el Sahara más habitable (JAEGER, F., 1964, p. 51).

Existen varias pruebas que permiten apuntar esta hipótesis sobre un cambio climático, puesto que en las zonas más secas de Sudán, los conglomerados con vetas de hierro y las lateritas de aluvión cubren un suelo en descomposición que se originó debido a un clima tropical más húmedo. Además, se ha descubierto un conjunto de dibujos rupestres donde aparecen representadas muchas especies animales que actualmente no viven en el Sahara, y que sólo pudieron sobrevivir en un clima húmedo (JAEGER, F., 1964, p. 53). Durante la V y VI Dinastía el clima era relativamente húmedo, pero la desecación se acentuó a partir del III milenio y hacia el II milenio antes de Cristo las condiciones medioambientales adoptaron las características que observamos en la actualidad.

Los metales también concentraron la atención del Estado egipcio, especialmente la plata, el lapislázuli¹² y la obsidiana, pues el área situada al Este del mar Muerto está constituida por rocas eruptivas principalmente de la era terciaria. El bronce también procedía de Asia. De Siria también llegaron jarras de formas fantasiosas, espadas, yelmos, carros de combate y arcos de cuero.

Egipto no era solamente una región importadora; también pudo vender al exterior determinados productos, como oro, excedentes agrícolas, lino y, fundamentalmente, papiro; aunque estos intercambios no están muy bien estudiados, uno de los mejores ejemplos de esta situación fue el dominio romano de Egipto, en cuyo momento esta región se convirtió en la principal fuente de granos del vasto Imperio Romano.

La civilización egipcia no sólo encontró en el valle del Nilo y su entorno numerosas riquezas y desarrolló en él una fértil agricultura basada en el regadío, también tuvo que afrontar períodos de crisis y profusos peligros. Las hambrunas¹³ debidas a la destrucción de las cosechas o la reducción del tiempo de siembra constituían una de las principales afecciones que “acechaban” a la población. Otro riesgo era el de las

11. Del tronco de la palmera sólo se obtenía una materia fibrosa e informe, inapropiada para la talla. La acacia del Nilo no alcanza gran altura, siendo su tronco nudoso y curvo (DAUMAS, F., 1972, p. 219).

12. Su fórmula química es $(\text{Na,Ca})_8(\text{SO}_4,\text{S,Cl})_2(\text{AlSiO}_4)_6$. Constituye un mineral silicato de aluminio y sodio con sulfuro sódico. Es de color azul y de gran dureza, cristalizando en el sistema cúbico. Se usa como piedra de adorno y procedía de la Bactriana, en el actual Afganistán. Los egipcios lo adquirían en el mercado sirio de Tefner, tal vez la actual Sippar, situada sobre un canal que une el Tigris con el Éufrates. También se denomina lazurita (SÁNCHEZ CERREZO, S., 1992, p. 804 y CIMMINO, F., 1991, p. 272).

13. Los egipcios denominaban como “año de escasez” a un período de hambrunas.

epidemias, tanto de origen animal como humano, ya fuese por procesos de contaminación hídrica, por déficit de saneamiento en las zonas endorreicas, como debido a cambios climáticos. Además, las crecidas excesivas podían provocar la destrucción de la red de diques y canales, pérdidas humanas, de cultivos y animales.

La fauna de los desiertos, aunque era el principal producto obtenido mediante la caza, también constituía un serio peligro para los habitantes, pues abundaban los escorpiones con sus mortales picaduras, leones, chacales, hienas, lince, cocodrilos, hipopótamos, panteras o serpientes entre otras especies. Pero la fauna autóctona no solo constituía una amenaza para la población, sino también para los cultivos. Así, los hipopótamos a veces destruían las cosechas situadas en las orillas del río, mientras que las langostas implicaban la destrucción total.

El desarrollo de las diferentes actividades económicas en el antiguo Egipto requirió la apertura de una red de vías de comunicación que permitiera la conexión entre diversos enclaves, intercambios comerciales, transporte de mercancías y personas, campañas militares, etcétera. En este sentido, el sistema de vías de comunicación fue tanto de carácter terrestre como fluvial.

En el Nilo destacó el tramo comprendido entre la sexta catarata (cuadro 1) y la desembocadura del río, siendo posible la navegación de barcos de transporte. La circulación longitudinal permitía poner en conexión diferentes espacios urbanos situados en las riberas del Nilo. En sentido transversal, la comunicación de las dos orillas se llevaba a cabo a través de pequeñas embarcaciones *ad hoc* (pues existía la profesión de barquero) u otras que, de propiedad privada, también trasladaban a los viajeros. Resulta necesario advertir que la existencia de puentes no estaba generalizada, pues la construcción de este tipo de estructuras fue ínfima.

El país también contaba con una red terrestre, en la que en numerosas ocasiones los caminos aparecían elevados una cierta altura respecto a la superficie topográfica, pues era bastante frecuente utilizar los materiales extraídos de la apertura de canales fluviales para la construcción de los caminos, cuya disposición solía ser paralela a los cursos de agua. Las vías situadas en el interior de las zonas desérticas solían coincidir con el recorrido de *uadis*, cursos intermitentes de agua muy frecuentes en este tipo de espacios. Además, existía un “cuerpo de vigilancia” de la red de caminos, aunque los asaltos no desaparecieron. Las rutas terrestres jugaron un papel fundamental en lo referido a la comunicación de los espacios de extracción – minas – con los lugares a los que se destinarían los materiales, además de los puertos marítimos existentes en el mar Rojo. Las vías discurrían habitualmente por el fondo de los valles, pues son estos lugares de suaves pendientes y, en consecuencia, de una topografía generalmente llana. De esta manera se potenciaba el comercio en toda la región.

Las diferentes rutas también jugaron una función religiosa al poner en comunicación los distintos templos existentes en Egipto hacia donde se dirigían los peregrinos. La función militar también fue destacable, pues la civilización egipcia requirió del desarrollo de numerosas incursiones de este tipo para dominar un territorio cada vez más extenso, llevando su poder y plenitud a lugares alejados de la capital del Imperio, la ciudad de Menfis.

4. TERRITORIO Y RELIGIÓN: DE LA GEOGRAFÍA AL MITO

Uno de los pilares básicos de la religión egipcia fue el mantenimiento del orden cósmico establecido en el momento de la creación del conjunto de las cosas existentes (al aspecto que poseían todos los elementos al culminar este proceso se le denominó la *Primera Vez*, constituyendo el modelo hacia el que la vida y las cosas deben tender). Este hecho estaba legitimado por la realeza –tuviese carácter divino o no– y por el influjo beneficioso de los dioses, cuya intervención en la vida terrenal se reflejaba en las inundaciones periódicas del Nilo.

La religión egipcia disponía de un conjunto de mitos cosmogónicos que explicaban el origen del cosmos y la totalidad de las cosas existentes en la Tierra. Debe tenerse en consideración que cada ciudad de la civilización estaba compuesta por un templo fundado en honor al dios principal de esa urbe y, por tanto, esta divinidad actuaba como demiurgo en el mito cosmogónico de la ciudad. Por tanto, en Egipto aparecen tantos mitos cosmogónicos como ciudades y la deidad de cada enclave urbano es el gran creador en los respectivos mitos de creación. Aún así, hay que destacar tres cosmogonías fundamentales: la heliopolitana, la menfita y la hermopolitana. Corresponden a las ciudades de Heliópolis, Menfis y Hermópolis, estando las dos primeras situadas en el Bajo Egipto y la tercera en el Alto Egipto.

El proceso de la creación que relataban los diferentes mitos cosmogónicos presenta unas características comunes independientemente de la ciudad considerada. Así, dicho proceso se reflejaba en la relación que la población mantenía diariamente con su medio natural. Por ello, el sol es un elemento dominante y la creación comienza cuando aparece la *colina primigenia* (denominada “colina benben” en el relato cosmogónico de Heliópolis); es decir, simbólicamente corresponderían a pequeñas acumulaciones de limos en la llanura fluvial como consecuencia del descenso de las aguas de la crecida. Esta colina representa la posibilidad de cultivar el espacio y, además, comienza a imperar el orden entre el conjunto de las cosas creadas, pues los egipcios tenían la concepción de que el origen de todo estaba en una materia oscura, informe y líquida donde domina el desorden y que denominaban *Nuu*. Esta situación inicial donde domina *Nuu* tiene su elemento correlativo en el punto álgido de la inundación del Nilo en el que el agua lo ocupa todo, siendo el caos patente hasta que aparece la citada *colina primigenia*. Como hemos expresado, el mundo aparece a partir de la creación, dividiéndose en tierra, cielo y mundo subterráneo.

Las características del medio natural no sólo se plasman en los mitos cosmogónicos, sino también en la concepción cíclica que los egipcios tenían de la naturaleza. Tal es así que el sol y el Nilo, dos de los elementos geográficos dominantes en Egipto, nacen y mueren desde la perspectiva simbólica: el sol “nace” cada mañana por el Este y “muere” por el Oeste al final del día, mientras que el Nilo “nace y muere” anualmente cuando se produce su crecida y el descenso progresivo de sus aguas, “retornando de esta manera el Nilo al agua original y volviendo a fluir de ella en un círculo eterno”. Según todo esto, el Este era considerado como la región residencia de los vivos, mientras que el Oeste representaba el lugar donde habitaban los muertos.

En el marco del panteón divino del antiguo Egipto, el Nilo también tenía su representación. Hapi era la divinidad del Nilo que representaba la fertilidad de Egipto producida por las inundaciones periódicas de las tierras de cultivo, fenómeno que refleja el papel trascendental ejercido por el río en la pervivencia de la civilización. Además, el Nilo constituía el referente para establecer los límites entre el Este y el Oeste del mundo. Otras divinidades menores eran Crofi y Mofi, cuya referencia aparece en Assuán, deidades que se localizaban escondidas entre las rocas y que hacían discurrir el agua surgida de *Nuu*.

Al comienzo de este artículo se hacía una diferenciación entre la “Tierra Negra” o *Kemet* y la “Tierra Roja” o *Deshret*. Pues bien, también aquí cada elemento tiene su dios. Así, Horus representa a *Kemet* por ser ésta la tierra que simboliza el orden, rasgo plasmado en la parcelación de las tierras y en el cierto grado de urbanización de las mismas, mientras que Seth representa a *Deshret* por ser ésta la tierra que simboliza el desorden, rasgo que se manifiesta en el caos presente en los desiertos y en las tierras salvajes. Este hecho constituye un factor fundamental de la religión egipcia, pues la dicotomía entre el orden y el desorden forma parte del trasfondo del proceso de la creación. Además, Horus también representa el Alto Egipto y Seth el Bajo Egipto.

Dadas las repercusiones positivas que el Nilo traía para el país, el río era considerado por los habitantes como una libación de los dioses. De este modo, la de Seth inundaba el Alto Egipto desde la isla Elefantina hasta Pi-Hapy, y la de Horus inundaba el Bajo Egipto desde Pi-Hapy hasta Behedet (CIMMINO, F., 1991, pp. 19-20).

La morfología de los espacios culturales también estaba íntimamente vinculada con los rasgos propios del entorno geográfico. Los templos constituyen las casas donde habita el dios de cada ciudad y donde se llevan a cabo los cultos oficiales de la religión, conteniendo la estatua de la representación divina. En el marco de esa relación entre geografía y religión, el templo es una transposición simbólica del universo, porque dado que en su interior se encuentra la representación del dios creador, la totalidad del edificio religioso deber ser “a imagen y semejanza” del mundo que lo rodea y que él ha creado.

La construcción de un templo implicaba, en primer lugar, llevar a cabo una oquedad en el suelo donde se colocarían los cimientos del edificio, siendo necesario que aflorase el nivel freático, pues éste representa a las aguas primordiales –en cuyo trasfondo religioso está el Nilo– sobre las cuales flotaba la tierra. Otra cuestión es la orientación astronómica de los templos. En este sentido, posiblemente y de manera general, una simple dirección Norte-Sur u Oeste-Este fuera suficiente, vinculándose la primera con el trayecto de las estrellas circumpolares o con la dualidad Alto-Bajo Egipto, y la segunda con la dinámica solar ya apuntada (MOLINERO POLO, M. A., 2000, p. 81).

En el interior de los templos axiales aparecen unos trípodes escalonados que simbolizan la colina primordial sobre la que se colocó el gran demiurgo en el momento de la creación (figura 3); aparecen pisos a distintos niveles, aunque siempre en sentido ascendente, lo que simboliza el ascenso hacia el cielo, hacia los dioses; las columnas del espacio templario carecen de capitel y fuste, constituyendo una simbolización petrificada de muchos de los elementos naturales que surgieron en la creación, como las palmeras. Además, éstas, desde la percepción óptica, parece que no llegan a

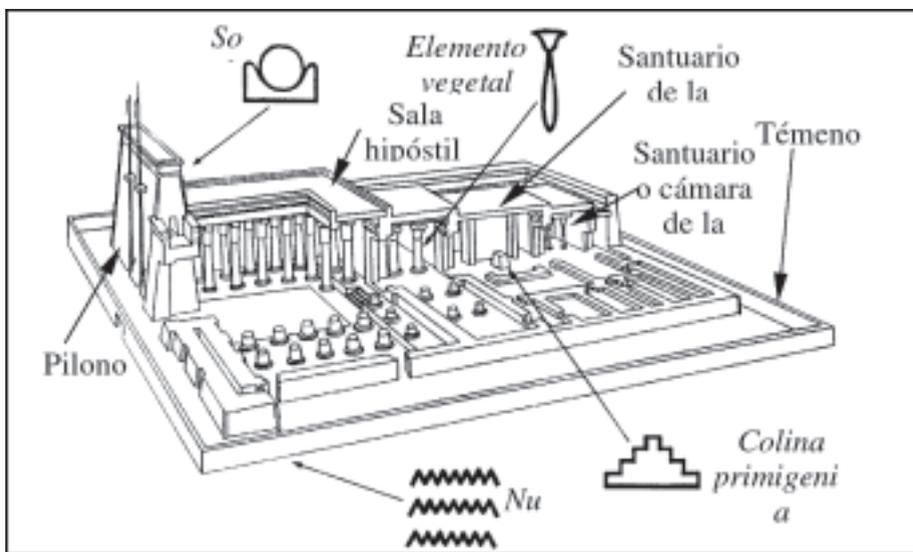
tocar el techo del templo, pues en la realidad los elementos vegetales no alcanzan el cielo, representando generalmente el techo del templo al cielo y el suelo a la tierra anegada. El patio con pórticos, espacio de suelo liso rodeado de columnas, representa un pequeño lago con sus orillas repletas de plantas, imagen que se repite profusamente en la geografía del valle del Nilo. La sala hipóstila, llena de columnas, simboliza un bosque de lotos o palmeras tan frecuente en la naturaleza del Nilo, donde el suelo está inundado –aparecen dibujadas barcas sagradas–. El espacio endógeno del templo es, en general, líquido –debido a los múltiples pictogramas que aluden al agua– y oscuro –la falta de luz se acrecienta a medida que penetramos en el templo–, rasgos esenciales de *Nuu* (MOLINERO POLO, M. A., 2000, pp. 87 y 88).

El muro exterior que delimita un templo, denominado témenos, compuesto por la yuxtaposición de bloques de adobe, es ondulado porque las ondas representan a las de las aguas primordiales que se retiraron en el momento de la creación, surgiendo la *colina primigenia*. Además, la forma de los muros también constituye una defensa frente a un proceso natural y bastante habitual en las zonas donde la oscilación térmica diaria es muy elevada: la termoclastia. Las paredes exógenas del templo presentan una serie de fracturas diagonales, quedando dividido así en una serie de bloques que encajan perfectamente. Debido a la termoclastia, el volumen de las rocas se modifica a causa de los cambios térmicos diarios, por lo que si el muro fuese recto y homogéneo terminaría por derrumbarse dada la red de diaclasas que surgiría (figura 4). En la portada de entrada al templo aparece el pilono (dos enormes torres que flanquean la puerta de piedra de acceso al templo), símbolo del surgimiento del sol en el horizonte al amanecer, pues ello indica que este astro sale cada día, reproduciéndose continuamente el carácter cíclico de la naturaleza. Además, también simboliza el límite exterior de Egipto, la separación entre el caos que gobernaba antes de la creación y el cosmos ordenado (MOLINERO POLO, M. A., 2000, p. 86).

Las costumbres funerarias y en particular la momificación, ocuparon un lugar central en la religión, hecho reflejado en la profusión de textos funerarios encontrados en numerosos yacimientos arqueológicos. La naturaleza también aportaba elementos favorables para desarrollar estas prácticas. Es el caso de la obtención de natrón, compuesto natural de carbonato y bicarbonato sódico que era extraído del *wadi Natrun* situado en el Bajo Egipto entre otros. Este tipo de sal se utilizó para desecar el cadáver del difunto durante el rito momificadorio y para llevar a cabo su purificación y combustión de incienso en el culto funerario. De este modo, la piel quedaba adherida a los huesos y, posteriormente, se rellenaban los huecos producidos por la extracción de los órganos. El natrón también se empleó en la fabricación de porcelana y vidrio, además de para salar el pescado y la carne, aunque estos productos también podían secarse al sol; para la farmacopea y la medicina, para cocinar y para determinados procesos técnicos o químicos como la obtención de esmalte.

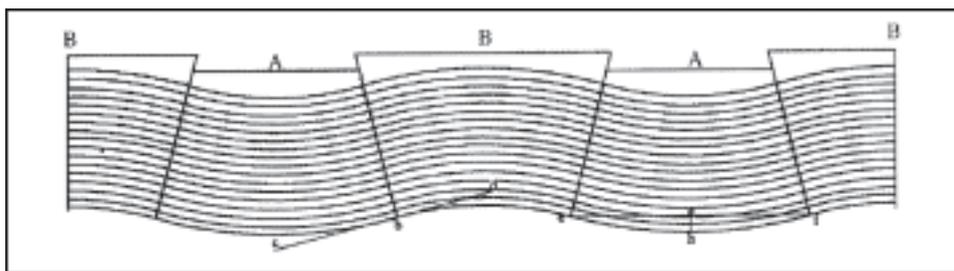
En el delta del Nilo era frecuente que apareciesen pequeñas islas resultantes de la acumulación de arenas fluviales provistas de densas cubiertas de papiros; por ello, éstos simbolizan en la mitología la tierra surgiendo del *océano primigenio*. En cuanto a los lotos y según el mito, la gran flor de loto azul, de la cual salía el sol, surgió del *océano primigenio* el primer día del mundo.

FIGURA 3. TEMPLO EN SECCIÓN CON LOS ELEMENTOS MÁS DESTACADOS DE SU MORFOLOGÍA Y EL SIGNIFICADO MÍTICO DE SUS COMPONENTES



Fuente: MOLINERO POLO, M. A. (2000): "Templo y Cosmos", en *Arte y sociedad del Egipto antiguo* (MOLINERO POLO, M. A. y SOLA ANTEQUERA, D. Coordinadores.), p. 85. Adaptación propia.

FIGURA 4. ESQUEMA DE CONSTRUCCIÓN DEL TÉMENOS. NÓTESE LA ONDULACIÓN DE LOS LADRILLOS DE ADOBE, REPRESENTANDO SIMBÓLICAMENTE A LAS AGUAS PRIMORDIALES, *NUU*



Fuente: MOLINERO POLO, M. A. (2000): "Templo y Cosmos", en *Arte y sociedad del Egipto antiguo* (MOLINERO POLO, M. A. y SOLA ANTEQUERA, D. Coordinadores.), p. 86.

Pero la geografía va, incluso, más allá, en este caso está presente en las costumbres escatológicas. Osiris es una de las principales divinidades del panteón del antiguo Egipto, dios y juez supremo de los muertos, representando el orden cósmico en el mundo de ultratumba. El difunto podía alcanzar los "campos de Osiris", pero no sin antes atravesar territorios desconocidos, con bestias feroces y otros peligros que ace-

chaban continuamente durante el viaje escatológico. Si llegaba a ellos, dichos campos constituían un fiel reflejo del valle del Nilo, donde el muerto no iba a trabajar la tierra como lo hizo en el “más acá”, sino a disfrutar de una nueva vida.

5. CONCLUSIONES

El desarrollo de la civilización del antiguo Egipto a lo largo de su período de existencia ha estado condicionado por el devenir continuo del Nilo, cauce fluvial que ha aportado una ingente cantidad de recursos a los habitantes del valle, principalmente a través de sus inundaciones periódicas. No deseamos caer en el determinismo geográfico, pero no hay duda del intenso condicionamiento que la dinámica fluvial ha tenido respecto a las actividades económicas, políticas, sociales y culturales del Egipto faraónico. Evidentemente, la evolución espacio-temporal de esta civilización no ha dependido únicamente del Nilo y de sus avenidas, sino que también han intervenido con especial relevancia el propio bagaje y riqueza cultural de los egipcios y su capacidad para saber integrar y aprovechar de forma óptima los recursos que el Nilo les brindaba.

El estrecho vínculo que existió entre la geografía del valle y la de la desembocadura del Nilo y la cultura egipcia no sólo se plasmó en un conjunto de técnicas aplicadas con una finalidad productiva, sino también, en el marco de la religión, el Nilo y la totalidad de los fenómenos asociados a éste –crecidas, depósito de sedimentos, exuberancia de flora y fauna, etcétera– se transformaron en un referente de la comunidad, estableciendo un sólido trasfondo en las creencias religiosas y, en particular, en las escatológicas.

Por supuesto, para los antiguos pobladores del valle, el Nilo no fue el único elemento natural que estaba presente en su mundo ideológico; también otros, como el sol, representaron un papel central en el marco de las creencias personales y de la colectividad, reproduciéndose continuamente el carácter cíclico de la naturaleza que tanto interés despertó en el seno de la civilización.

El Nilo, con su poder benigno, pero en ocasiones también destructivo, se configuró en un elemento omnipresente en los esquemas cognitivos que los habitantes del valle plasmaban en el desarrollo cotidiano de sus actividades, orientadas a satisfacer sus necesidades básicas tanto de tipo económico como de índole social, cultural, religiosa, etcétera. Por esta razón, los egipcios recreaban el origen del cosmos y del mundo cada año en el momento justo de la crecida del Nilo y su ulterior descenso, aunque también, en modo alguno, lo hacían cotidianamente condicionados por “el nacimiento y la muerte” del astro Sol, reproduciéndose así el citado ciclo natural, pues la vida y la muerte eran ciclos diferentes, nunca opuestos, para los miembros de la civilización.

El influjo del Nilo también alcanzó el “mundo” al que los egipcios aspiraban llegar tras la muerte, siendo partícipe, por tanto, de una doble dimensión, la terrenal y la escatológica, imposible de disociar si ansiamos conocer la esencia del Nilo, “el secreto” de un río que tanto cautivó a los habitantes del antiguo Egipto¹⁴.

14. Este artículo está dedicado a Chantal Afonso Trujillo, porque cada idea posee una fuente de inspiración, y ella ha sido la de este trabajo. Además, a su apoyo y opinión crítica.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDRED, C. (1968): *Los egipcios*. Aymá Editora, Barcelona, 201 pp.
- BAINES, J. y MÁLEK, J. (1988): *Egipto. Dioses, templos y faraones*. Folio, Barcelona, 240 pp.
- BEAZLEY, M. (Editor) (1991): *Tierras y Gentes. Geografía Humana Universal Ilustrada*. Volumen 3. Debate, Madrid, pp. 6-168.
- BENACH, N., GIMÉNEZ, F. J. y PRATS, T. M. (1997): “Gran África Septentrional”, en *Geografía Universal. África* (María Prats, J. Editor). Volumen 6, Océano, Barcelona, pp. 2.002-2.077.
- BRESCIANI, E. (2001): *A orillas del Nilo. Egipto en tiempos de los faraones*. Paidós, Barcelona, 218 pp.
- CASTELLO, R. (Director) (1998): *Egipto y Grecia antigua*. Larousse, Barcelona, 96 pp.
- CIMMINO, F. (1991): *Vida cotidiana de los egipcios*. Edaf, Madrid, 313 pp.
- COLÁS, J. (Director y coordinador) (1992): *Atlas actual de Geografía Universal*. Vox, Barcelona, 232 pp.
- DAUMAS, F. (1972): *La civilización del Egipto faraónico*. Juventud, Barcelona, 683 pp.
- DONADONI, S. (Editor) (1991): *El hombre egipcio*. Alianza, Madrid, 351 pp.
- DUCHAUFOUR, P. (1984): *Edafología. Edafogénesis y clasificación*. Volumen 1, Masson, Barcelona, pp. 1-493.
- GEORGE PHILIP & SON LIMITED (1998): *Atlas Geográfico Universal*. Everest, León, 96 pp.
- GRIMAL, N. (1996): *Historia del antiguo Egipto*. Akal, Madrid, 556 pp.
- HIDALGO HUERTA, M. (2000): *El Egipto de los faraones. Su historia, sus costumbres, su arte*. Biblioteca Nueva, Madrid, 302 pp.
- JAEGER, F. (1964): *África. Compendio de Geografía. El territorio*. Tomo I, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México, pp. 1-222.
- MARIE, R. y HAGEN, R. (1999): *Egipto. Hombres, dioses y faraones*. Taschen, Alemania, 240 pp.
- MÉNDEZ, R. y MOLINERO, F. (1996): *Espacios y Sociedades. Introducción a la Geografía Regional del Mundo*. Ariel, Barcelona, 669 pp.
- MOLINERO POLO, M. A. (2000): “Templo y Cosmos”, en *Arte y sociedad del Egipto antiguo* (Molinero Polo, M. A. y Sola Antequera, D. Coordinadores). Encuentro, Madrid, pp. 69-94.
- MONKHOUSE, F. J. (1978): *Diccionario de términos geográficos*. Oikos-Tau, Barcelona, 560 pp.
- MONTET, P. (1961): *La vida cotidiana en el antiguo Egipto*. Mateu, Barcelona, 394 pp.
- MORET, A. (1927): *El Nilo y la civilización egipcia*. Tomo VII, Cervantes, Madrid, pp. 1-572.
- NACK, E. (1966): *Egipto y el Próximo Oriente en la Antigüedad. Las tierras y los hombres entre el Nilo y el Éufrates*. Labor, Barcelona, 443 pp.
- NONN, H. (1987): *Geografía de los Litorales*. Akal, Madrid, 199 pp.
- PELLEGRINI, L. y ORILIA, V. (1969): “África Septentrional”, en *Geographica. El hombre y la tierra* (Buriel, G. Editor). Volumen VII, Plaza & Janes, Barcelona, pp. 90-305.
- PÉREZ LARGACHA, A. (1993): *Aegyptiaca Complutensia II. El nacimiento del Estado en Egipto*. Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 337 pp.
- PÉREZ LARGACHA, A. (1998): *Egipto en la época de las pirámides. El Reino Antiguo*. Alianza, Madrid, 268 pp.
- (1999): *El antiguo Egipto*. Acento Editorial, Madrid, 94 pp.
- PIRENNE, J. (1989): *Historia del antiguo Egipto*. Volumen I, Océano, Barcelona, pp. 3-271.
- PRESEDO VELO, F. J. (1989): *Egipto durante el Imperio Nuevo*. Tomo VI, Akal, Madrid, pp. 7-63.
- PUGLISI, G. y PRATS, J. M. (1977): “El África del Nilo y del petróleo”, en *África* (Quilici, F. Director). Volumen 2, Danae, Barcelona, pp. 537-560.
- QUILICI, F. y PUGLISI, G. (1977): “El valle del Nilo”, en *África* (Quilici, F. Director). Volumen 1, Danae, Barcelona, pp. 113-140.

- RACHET, G. (1995): *Diccionario de civilización egipcia*. Larousse Planeta, Barcelona, 292 pp.
- RECLUS, E. (1986): *El hombre y la tierra*. Fondo Cultura Económica, México, 399 pp.
- SÁNCHEZ CEREZO, S. (Director) (1992): *Diccionario enciclopédico*. Santillana, Madrid, 1.526 pp.
- SANMARTÍN, J. y SERRANO, J. M. (1998): *Historia antigua del Próximo Oriente. Mesopotamia y Egipto*. Akal, Madrid, 381 pp.
- SCHULZ, R. (1997): “Los monarcas de Egipto”, en *Egipto. El mundo de los faraones* (Schulz, R. y Seidel, M. Editores). Könemann, Alemania, p. 528.
- STRAUSS-SEEBER, C. (1997): “Regalos del Nilo: la economía agrícola de un oasis fluvial”, en *Egipto. El mundo de los faraones* (Schulz, R. y Seidel, M. Editores). Könemann, Alemania, pp. 377-386.
- STROUHAL, E. (1994): *La vida en el antiguo Egipto*. Folio, Barcelona, 278 pp.
- ULLMANN, M. (1997): “Glosario”, en *Egipto. El mundo de los faraones* (Schulz, R. y Seidel, M. Editores). Könemann, Alemania, pp. 512-521.

